

el dinero... Pero, ¡qué necesidad tenían de tantos millones para ser felices!

Ella no leía, le escuchaba con la boca entreabierta mostrando sus lindos dientes con una sonrisa aguda, como si quisiese cojer mejor lo que decía. Ella había comprendido muy bien, ¡oh, sí! veía muy claro el derrumbamiento de todas sus ambiciones y de las pilas de luses comprometidas en el negocio, la cólera de Leemans, de Pichery, de toda la banda robada por la falsa maniobra de aquel tontaina. Ella pensaba en tantos sacrificios inútiles, en sus seis meses de aquella pesadísima vida llena de falsedad y disimulación, en su pobre Tom que detenía su alienato en el tocador, mientras que el otro, enfrente de ella, esperaba una explosión de ternura, seguro de ser amado, vencedor, irresistible, impaciente. A la verdad, aquello era tan chusco, tan completamente irónico, tan feroz... Ella se levantó, acometida de una risa loca, risa insultante y burlona que hizo subir á su cara un rápido color de sangre, las removidas heces de su grosera naturaleza; y pasando por delante de Christian estupefacto: «¡Anda canalla, imbécil!» le gritó antes de encerrarse en su cámara á triple cerradura.

Sin dinero, sin corona, sin mujer, sin querida, el buen Christian hacia una muy triste figura al bajar por la escalera.

## XV

**El rey niño.**

¡Oh magia de las palabras! Como si en aquellas tres letras de la sílaba «rey» se encerrase una fuerza cabalística; desde que no se llamó ya conde de Zara, sino el rey Leopoldo V, el discípulo de Meraut se halló transformado. El niño aplicado, dichoso en obrar bien, manejable como blanda cera, pero sin ninguna superioridad de inteligencia, salía del limbo, se despertaba por una sobreexcitación singular, y su cuerpo se formaba merced á esta llama interior. Su natural pereza, aquella gana de estirarse, de acostarse en una butaca mientras le leían ó le contaban historias, aquella necesidad de escuchar, de vivir del pensamiento de los demás, se cambió en una actividad que no satisfacía ya los juegos de su edad. Preciso era que el viejo general Rosen, perlático y encorvado, encontrase fuerza para darle sus primeras lecciones de esgrima, de tiro, de equitación, y no había nada más tierno y conmovedor que ver todas las mañanas, á las nueve, en una plazoleta del parque, perfectamente enarenada, al anciano panduro, con su frac azul y el látigo en la mano, desempeñar sus funciones de escudero con el aire de un viejo Francini, siempre respetuoso con el rey, enmendando á la vez las

torpezas del discípulo. El pequeño Leopoldo trotaba, galopaba, sério y orgulloso, atento á las menores órdenes, mientras que la reina miraba desde lo alto de la escalinata, haciendo ya una observacion ó ya dando un consejo:

—Teneos firme.... Templad la mano....

Y algunas veces, para hacerse comprender mejor, la amazona se lanzaba á la plazoleta, uniendo la accion á las palabras. ¡Cuán dichosa se consideró el dia en que, apareada su jaca con el poney del príncipe, se aventuraron los dos por el vecino bosque, dominada por la amazona la silueta del niño, y léjos de sentir los temores de madre, llevando los dos animales á un vigoroso trote largo, mostraba el camino á su hijo y lo arrastraba hasta Joinville en una carrera á toda rienda. Tambien en ella se habia verificado un notable cambio desde la abdicacion. Para aquella supersticiosa del derecho divino, el título de rey protegeria en adelante al niño y debia defenderlo. Su cariño, siempre tan vehemente y profundo, no tenia ya aquellas materiales manifestaciones, aquellas explosiones de caricias; y aunque por la noche entraba siempre en la cámara, no era para *ver acostar á Zara* y taparlo y abrigarlo en su camita. Un ayuda de cámara era ahora el encargado de todos aquellos cuidados, como si Federica temiese retardar en su hijo sus voluntades de hombre, guardándole en sus manos demasiado dulces. Iba allí solamente para oírle decir esta bella plegaria, sacada del *Libro de los Reyes*, que le habia enseñado el padre Alfeo:

«Señor, que sois mi Dios; vos me habeis puesto sobre el trono; pero soy un niño que no sabe conducirse y estoy encargado del pueblo que vos habeis escogido... Dadme, pues, la sabiduría y la inteligencia...»

La vocecita del príncipe se elevaba firme y clara, impregnada de autoridad, de una conviccion que enternecía al pensar en el destierro y en lo distante que se hallaba aquel trono hipotético. Pero para Federica su Leopoldo reinaba ya, y ella ponía en su beso de la noche un orgullo satisfecho,

una adoracion, un respeto tan indefinibles, que recordaban á Eliseo, cuando sorprendia aquella mezcla de sentimientos maternales, los antiguos villancicos de su país, en que la Virgen canta meciendo á Jesús en su establo: *Soy vuestra esclava y vos sois mi Dios.*

Así pasaron algunos meses, toda una estacion de invierno, durante la que la reina no vió oscurecida su alegría mas que una vez, no vió más que una nube en su cielo, tan límpido y tan puro. Y fué Meraut quien, bien inconscientemente, tuvo la culpa. Al tener ambos el mismo sueño, al confundir sus miradas y sus almas, al marchar juntos hácia el mismo objeto estrechamente unidos, habian establecido entre ellos una familiaridad, una comunidad de pensamientos y de vida, que de pronto repugnó á Federica, sin que pudiese definir por qué. Sola con él, no se abandonaba como antes, se asustaba del puesto que aquel extraño ocupaba en sus más íntimas decisiones. ¿Adivinaba acaso los sentimientos que le agitaban, aquel ardor creciente cuando estaba á su lado, más invasor y peligroso de dia en dia? Una mujer jamás se engaña en esta materia. Ella hubiera querido librarse, volver atrás; ¿pero cómo? En su turbacion recurrió al guía, al consejero de la esposa católica, al confesor.

Quando no recorria los campos para su propaganda realista, era el padre Alfeo el que dirigia á la reina. Bastaba ver aquel hombre para conocerlo. En aquel sacerdote Ilirio, con cara de forbante, se encontraban la sangre, el aspecto, las líneas faciales de uno de aquellos Oscoques, pájaros de rapiña y de tempestad, antiguos espumadores de los mares latinos. Hijo de un pescador del puerto de Zara, educado en *la marina* entre brea y redes, habia sido recogido un dia por frailes franciscanos á causa de su linda voz; de monaguillo pasó á niño de coro; creció en el convento y llegó á ser jefe de la congregacion, pero le habia quedado en su epidermis el color de marinero y del salitre del mar, que la frescura de las piedras claustrales jamás pudieron blanquear. Por otra parte, no era gazmoño ni meticuloso,

haciendo de cuando en cuando, si habia necesidad de ello, su partida de cuchillo (*cotellata*), pero siempre por el buen motivo; era un monge «que, cuando la política lo exigia, despachaba en globo por la mañana todas las oraciones del día presente, y hasta del inmediato «para tener aquello adelantado,» decia con mucha seriedad. Vehemente en sus afecciones, como en sus ideas, sentia una admiracion sin límites por el preceptor, introducido por él en la casa. Así, á la primera confesion de la reina sobre su turbacion, sus escrúpulos, finjió no comprender; pero viendo que insistia, se arrebató, la habló duramente como á una penitente ordinaria, como á cualquiera tenderucha de Ragusa.

¿No la daba vergüenza de mezclar semejantes niñerías con tan noble causa? ¿De qué se quejaba? ¿Le habia faltado alguna vez al respeto?... ¡Cómo!... Por escrúpulos de devota ó coquetería de mujer, que se cree irresistible, privarse de aquel hombre que seguramente Dios habia colocado en su camino para el triunfo de la monarquía!... Y en su lenguaje de marino, dulcificado su énfasis italiano con la fina sonrisa del sacerdote, añadia que no se incomoda uno con el viento que el cielo envia. «Se tiende la vela y se deja uno llevar.» La mujer más recta será siempre débil ante excepciones, razonamientos. Vencida por la casuística del monje, Federica, se dijo, que en efecto, no podia privar de semejante auxiliar la causa de su hijo. Ella era la que debia guardarse, permanecer fuerte. ¿Y qué arriesgaba? Hasta llegó á persuadirse que se habia engañado respecto á la lealtad de Eliseo, á su entusiasta amistad... Lo cierto es que él la amaba apasionadamente. Amor singular, profundo, arrojado del pecho varias veces, vuelto á su lugar por diversas vías, instalado al fin con el despotismo invasor de la conquista. Hasta entonces Eliseo se habia creído incapaz de un sentimiento tier-no. Algunas veces en sus predicaciones realistas, á través del Cuartier, alguna hija de la bohemia, sin comprender una palabra de sus discursos, se apasionaba de la música de su voz, del fluido que se desprendia de sus ojos de fuego, de su frente ideal,

el magnetismo que atrae á las Magdalenas hácia los apóstoles. El se inclinaba sonriendo, cogia lo que se le ofrecia, cubriendo con un velo de dulzura y afabilidad ligera aquel incorregible desprecio de la mujer que es innato en el fondo de todo meridional. Para que el amor entrase en su corazon preciso era que pasase por su fuerte cabeza; y es así como su admiracion por el altanero tipo de Federica, por aquella patricia adversidad tan orgullosamente aguantada, se habia convertido al fin,—con la casa y vida del destierro, relaciones íntimas á todas horas, á todos momentos, tantas miserias participadas en comun,—en una verdadera pasion, pero una pasion humilde, discreta, sin esperanza, que se contentaba con arder á distancia, como el cirio de un indigente en la última grada del altar.

La existencia continuaba siempre la misma en apariencia, indiferente á estos dramas mudos, y así llegaron los primeros días de Setiembre. La reina, aprovechando un bello sol, perfectamente en armonía con la feliz disposicion de su espíritu, daba un paseo despues de almorzar seguida del duque, de Eliseo y de Mme. de Silvis, á quien, con motivo de la ausencia de la princesa, correspondia el servicio de dama de honor. Ella llevaba tras sí á su comitiva á través de las sombrías avenidas del pequeño parque inglés, volviéndose al andar para dirigir una palabra, una frase con aquella gracia decidida que no atenuaba un femenil encanto. Aquel día estaba particularmente contenta y alegre. Por la mañana se habian recibido noticias de Iliria participando el efecto producido per la abdicacion, siendo ya muy popular en los campos el nombre de Leopoldo V. Eliseo Meraut triunfaba.

—Cuando yo os decia, señor duque, que se volverian locos con el rey niño... La infancia regenera todas las ternezas... Es como una religion nueva que les hemos hecho conocer, con su sencillez, su fervor...

Y levantando sus cabellos con las dos manos, con un gesto violento, muy propio de él, se lanzó en una de esas improvisa-

ciones elocuentes que le trasfiguraban, como el árabe sentado en la arena cubierto de harapos, se trasfigura cuando monta á caballo.

—Ya se soltó...—dijo por lo bajo la marquesa, al paso que la reina, para oirlo mejor, se sentaba al borde del paseo, á la sombra de un sáuce lloron. Los demás se quedaron en pié, respetuosamente, alrededor de ella; pero poco á poco el auditorio fué disminuyendo. Mme. de Silvis se retiró la primera para protestar ostensiblemente, como acostumbraba á hacerlo siempre; el duque se retiró tambien para asuntos del servicio. El preceptor y la reina se quedaron solos. Eliseo no lo notó, y continuó su discurso, de pié, iluminado por el sol que bañaba su noble rostro exaltado por la conviccion de sus ideas.

Entonces estaba verdaderamente hermoso, con esa irresistible hermosura de la inteligencia, que hirió á Federica demasiado repentinamente para que pudiese disimular su admiracion. ¿Vió él acaso aquella impresion en sus verdes ojos? ¿Recibió en cambio la conmocion que un sentimiento vivo y cercano nos hace experimentar?... Primeramente balbuceó, luego calló de repente, palpitando, y clavó sobre la reina que se hallaba inclinada sobre sus cabellos de oro una mirada lenta, abrasadora, como si fuese una confesion... Federica sintió correr por todo su cuerpo aquella llama como un sol más deslumbrante, más abrasador que el otro, pero no tuvo fuerza para volverse. Y cuando asustado de lo que le subia á los labios, Eliseo se separó bruscamente de ella, penetrada como se hallaba por la potencia magnética de aquel hombre, le parecia que la vida la abandonaba de repente: sintió una especie de desvanecimiento moral, y se quedó allí en el banco, desfallecida, anonadada... Las sombras de las lilas cubrian la arena de las avenidas. El agua corria por el desagüe del estanque como para refrescar aquella hermosa tarde de verano. No se oía en el jardin florido más que un murmullo de alas y de átomos esparcidos sobre odoríferos canastillos, y el ruido seco de la carabina del niño príncipe, cuya

escuela de tiro se encontraba al extremo del parque hacia el bosque.

En medio de aquella calma, la reina recobró sus sentidos, sintiendo al pronto un movimiento de cólera... Se sentía ofendida, ultrajada por aquella mirada... ¿Sería posible?... ¿No estaba soñando? Ella, la orgullosa Federica, que en medio de las fiestas de la córte desdeñó antes tantos homenajes prestados á sus piés, y de los más nobles, de los más ilustres; ella, que guardaba en tal alto grado el orgullo de su corazon, abandonarlo á un hombre de nada, á un hijo del pueblo! Lágrimas de soberbia le abrasaban los ojos. Y en la turbacion de sus ideas, una palabra profética del viejo Rosen resonaba en su oído: «¡La bohemia del destierro!...» Sí, sólo el destierro con sus promiscuidades deshonorosas habia podido permitir á aquel subalterno... Pero á medida que ella le abrumaba con su desprecio, la asaltaba el recuerdo de los servicios prestados. ¿Qué hubiera sido de ellos sin él? Federica recordaba la emocion de su primera entrevista, y cómo ella habia sentido renacer su vida al escucharle. Despues, mientras el rey corria á sus placeres, ¿quién habia tomado la direccion de sus destinos, reparado las torpezas y los crímenes? Y todo aquel desinterés infatigable de todos los dias, tanto talento, imaginacion, todo aquel buen génio aplicándose á una mision de abnegacion, sin provecho, sin gloria! El resultado era aquel rey niño, verdadero rey futuro señor de la Iliria... Entonces, acometida de un invencible ímpetu de ternura, de reconocimiento, recordando del pasado el minuto en que en la fiesta de Viena se habia apoyado en la fuerza de Eliseo, la reina, como aquel día, cerró los ojos, abandonándose deliciosamente en pensamiento sobre aquel corazon tan grande y tan leal, que creia sentir latir contra el suyo.

De repente, despues de oirse un tiro que hizo volar los pájaros refugiados en las ramas, un gran grito, uno de esos gritos de niño como oyen las madres en sueño durante las noches turbadas de inquietudes, una terrible llamada de socorro encapotó

el cielo, y llenó el jardín de un dolor inmenso. Se oyeron pasos precipitados por las avenidas; la voz del preceptor, ronca, cambiada, llamaba desde la escuela de tiro. Federica se precipitó allí de un salto.

La escuela de tiro estaba al extremo del parque, en un fondo entapizado de glicinas y de esa alta florescencia propia de las tierras grasas. En la verja estaban colgados algunos cartones, atravesados de agujeros regulares y crueles. Ella encontró allí á su hijo tendido en tierra, sin movimiento, pálido el rostro, enrojecido hácia el ojo derecho, que cerrado, herido, dejaba destilar algunas gotas de sangre, cual si fueran lágrimas. Eliseo de rodillas, á su lado, gritaba, retorciéndose los brazos... «¡Yo he sido... Yo he sido!...» Pasaba por allí... Monseñor quiso que ensayase su carabina, y por una horrible fatalidad, la bala, dando en una de las barras de la verja... Pero la reina no le escuchaba. Sin un grito, sin una queja, toda á su instinto de madre, cogió á su hijo, le llevó en su falda hasta el estanque; luego, rechazando con un gesto á todos los que se apresuraban á ayudarla, apoyó en el reborde de piedra su rodilla sobre la que se estendía el cuerpo inerte del niño, y tuvo bajo el caño la pálida cara adorada en donde se pegaban siniestramente los rubios cabellos, regando el azulado párpado y la horrible mancha roja que el agua llevaba, y que filtraba poco á poco, cada vez más roja, entre las pestañas. Ella no hablaba, no pensaba. Envuelta en su traje de batista arrugado, y tan empapado en agua que se pegaba á su cuerpo como alguna náyade de mármol, continuaba inclinada sobre su hijo y esperando. ¡Qué minuto tan largo!... Poco á poco, reanimado por la inmersión el herido se estremeció, estendió sus miembros como para despertar; y de pronto echó á llorar.

—¡Vive!—dijo la reina con un grito del corazón.

Entonces, alzando la cabeza, vió enfrente á Meraut, cuya palidez y abatimiento parecían pedir gracia. El recuerdo de lo que había pasado en el baño acometió á la reina, unido á la terrible

sorpresa de la catástrofe, á su debilidad tan pronto castigada sobre el niño.

Una furiosa rabia la acometió contra aquel hombre, contra ella misma.

—¡Véte... véte... que yo no te vuelva á ver jamás!—le gritó lanzándole una terrible mirada. Era su amor lo que ella confesaba delante de todos para castigarse, para curarse de él; su amor que le arrojaba como una injuria á la cara en la insolencia del tuteamiento.